

La cuestión de la identidad o la identidad en cuestión: Discusiones, acuerdos y puntos de partida¹

Maria Eugenia Isidro*

Universidad Nacional de Río Cuarto - CONICET (Río Cuarto, Argentina)

RESUMEN

En este artículo presentamos las discusiones que se dan en torno al polisémico concepto de *identidad* y establecemos los acuerdos que se convierten en puntos de partida en el marco de una investigación que tiene por objetivo comprender el proceso de construcción identitaria de los movimientos socioterritoriales. Para eso organizamos la exposición en tres partes. En primer lugar, nos adentramos en algunas discusiones que se suscitan alrededor del concepto de identidad intentando establecer algunos acuerdos que se constituyen en puntos de partida para investigar la construcción identitaria de los actores colectivos. En segundo lugar, nos detenemos a definir a la identidad colectiva y la ponemos en relación con la identidad individual. Por último, incorporamos dos categorías geográficas a las que consideramos constitutivas del proceso de identificación de los movimientos sociales: *territorio* y *lugar*.

Palabras clave: identidad, identificación, movimientos socioterritoriales.

Sketch of a genealogy of the Self. A review of the narrative apparatus of subjectivity

ABSTRACT

In this article we present the discussions that take place around the polysemic concept of *identity*, and we establish the agreements that become starting points within the framework of an investigation that aims to understand the process of identity construction of socio-territorial movements. For that we organize the exhibition in three parts. In the first place, we enter some discussions that arise around the concept of identity trying to establish some agreements that constitute starting points to investigate the identity construction of collective actors. Second, we stop to define collective identity and put it in relation to individual identity. Finally, we incorporate two geographical categories that we consider to be constitutive of the identification process of social movements: *territory* and *place*.

Keywords: identity, identification, socio-territorial movements.

DOI: 10.25074/07198051.36.1998

¹ Artículo recibido: 01/05/2021. Artículo aceptado: 06/06/2021

* Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Becaria Doctoral en el Instituto de Investigaciones Sociales, Territoriales y Educativas, Universidad Nacional de Río Cuarto – CONICET. Mail: mariaeugeniaisidro@gmail.com.

INTRODUCCIÓN

El concepto de *identidad*, tan rico como polisémico, comienza a cobrar centralidad en las Ciencias Sociales a partir de la década de 1960² siendo abordado desde diferentes disciplinas y perspectivas teóricas que se han encargado de construir cada una sus propias categorías y puntos de anclaje de la identidad³. Por eso podemos escuchar hablar de identidad cultural, identidad política, identidad social, por ejemplo, según el enfoque disciplinar desde la que se lo conciba; identidad individual o colectiva, según si hablamos del proceso llevado a cabo por una persona o por un grupo; también se la suele asociar a un espacio determinado, en ese caso podemos hablar de identidad barrial o identidad villera, por ejemplo; o puede estar definida a partir del lugar que se ocupa en el estructura social (identidad obrera) o por alguna actividad específica realizada por los sujetos (identidad piquetera). Estos ejemplos que presentamos sólo a título ilustrativo y que lejos están de ser exhaustivos, nos permiten observar que la cuestión de la identidad tiene diferentes aristas o posibilidades a partir de la perspectiva desde la que se la observa.

Ante un concepto tan complejo como el de *identidad*, apostamos a un diálogo multidisciplinar y desde diversos enfoques que nos posibilitan una mirada amplia sobre la categoría en cuestión para ponerla en discusión y enriquecer su conceptualización. En este trabajo presentamos algunas ideas teóricas que se convirtieron en los puntos de partida de una investigación cuyo principal objetivo fue comprender el proceso de construcción identitaria de un movimiento socioterritorial⁴ que surge en una mediana ciudad argentina y que desde el año 2012 viene ofreciendo resistencia al modelo del agronegocio⁵. Las discusiones y acuerdos que aquí presentamos fueron centrales en los primeros pasos que se dieron en el trabajo de campo de la etnografía realizada.

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE IDENTIDAD?

En el marco de los estudios sociales podemos distinguir diferentes perspectivas que abordan la cuestión de la identidad y que marcan la manera en la que se concibe. Dado que se trata de un concepto ampliamente utilizado y definido de diferentes modos según la perspectiva, su uso no ha estado exento de discusiones y controversias que lo han puesto en cuestión, por eso, a la hora de

² La introducción de la *identidad* en el análisis social y su difusión en las ciencias sociales y en el discurso público ocurrió en Estados Unidos en la década de 1960 a partir de la popularización del trabajo de Erik Erikson. La noción de identificación fue tomada del psicoanálisis donde el término había sido introducido inicialmente por Freud y luego empleado en el marco de investigaciones sobre etnicidad y también en el ámbito de la teoría sociológica. Dentro del interaccionismo simbólico autores como Anselm Strauss y Ervin Goffman también comenzaron a darle centralidad a la identidad dentro de sus estudios y Peter Berger lo hizo trabajando desde el constructivismo social y dentro de tradiciones fenomenológicas (Brubaker & Cooper, 2001).

³ Varios autores dedican sus esfuerzos a recorrer las diferentes concepciones de la identidad desde diversos enfoques. Para ampliar pueden verse los trabajos de Brubaker y Cooper (2001), Arfuch (2005) y Navarrete-Cazales (2015).

⁴ Un movimiento socioterritorial es un "sujeto colectivo o grupo social que se organiza para desarrollar una determinada acción en defensa de sus intereses, en posibles enfrentamientos y conflictos, con el objetivo de la transformación de la realidad" (Fernandes, 2006, 8). Con la finalidad de lograr sus objetivos, los movimientos sociales construyen espacios políticos, se espacializan y promueven cambios en el territorio a partir de procesos de territorialización y desterritorialización provocados por las acciones que emprenden.

⁵ Nos referimos a la tesis final de la Maestría en Ciencias Sociales (Facultad de Ciencias Humanas-UNRC) titulada *La trama identitaria de los movimientos socioterritoriales. Un estudio de caso* (en proceso).

estudiarla es necesario dejar en claro de qué hablamos cuando hablamos de identidad y explicitar algunos criterios que la definen.

- IDENTIDAD: UN CONCEPTO CUESTIONADO

Siguiendo el recorrido que realiza Denys Cuche (2004)⁶, podemos distinguir al menos tres enfoques desde los que históricamente se ha abordado a la identidad: las concepciones objetivistas y subjetivistas, por un lado y la relacional situacional, por el otro.

Desde las *concepciones objetivistas*, la identidad es entendida como algo dado que define al individuo de una vez y para siempre, como una marca casi indeleble por lo que necesariamente remitiría al grupo de pertenencia del individuo ya que ahí se encontrarían las raíces de su identidad. Desde este enfoque, la identidad es concebida “como una condición inmanente del individuo y se la define de una manera estable y definitiva” (Cuche, 2004, p. 107) asemejándose más bien a una herencia biológica, por ende, preexistente; una esencia que no puede evolucionar, sobre la cual ni el individuo ni el grupo tienen influencia ya que es una propiedad inherente sin referencia a otros. Todas las teorías que se encuentran en esta perspectiva definen y describen a la identidad a partir de ciertos criterios considerados “objetivos” como la lengua, la cultura, la religión, el origen común, etc.

Mientras que, desde la *perspectiva subjetivista*, la identidad es entendida como un “sentimiento de pertenencia o una identificación con una colectividad más o menos imaginaria” (Cuche, 2004, p. 108) por lo que, para quienes adscriben a este enfoque, lo central está dado por las representaciones que los individuos tienen de la realidad. Desde esta mirada, la identidad se reduce a la elección arbitraria de cada individuo dado que tiene la libertad de hacer sus propias identificaciones. Ahora bien, en sus posiciones más extremas, muestra que tanto la cultura como la identidad “son ficciones del investigador y que ‘lo real’ sólo existe como percepción o idea” (Rivero y Martínez, 2016, p. 113). Cuche sostiene que el aporte más relevante de este enfoque está dado por considerar la condición variable de la identidad; sin embargo, también tiende a “acentuar el carácter efímero de la identidad, cuando, en realidad, no es raro que las identidades sean relativamente estables” (Cuche, 2004, p. 109).

Ante estas posturas contrapuestas entre sí, Denys Cuche sostiene que “adoptar un enfoque puramente objetivo o puramente subjetivo para abordar la cuestión de la identidad es encerrarse en un callejón sin salida” (2004, p. 109). En ese sentido, la *concepción relacional y situacional* se trata, según la mirada del autor, de una superación de las anteriores perspectivas. Desde este punto de vista, lejos de ser concebida como un conjunto de rasgos preexistentes y predeterminados, como una cualidad intrínseca, como un atributo original y permanente de los sujetos o como una elección de pertenencia de un individuo o grupo, se la concibe como una construcción, “como algo que se construye y se reconstruye constantemente en los intercambios sociales” (Cuche, 2004, p. 110)

⁶ Si bien el autor aborda el tema de la identidad a partir de la cultura, a los fines de este apartado, nos resulta útil el recorrido que hace por las diferentes concepciones de la identidad ya que nos da una aproximación general a los planteos centrales de cada una.

según las situaciones. En el marco de nuestra investigación, retomaremos los aspectos relacional y situacional como dos relevantes para el proceso identitario.

Dentro del subjetivismo podemos encontrar, al menos tres variantes, constructivistas, deconstructivistas y posmodernistas. Nosotros nos detendremos en la tensión que se genera entre las dos primeras. Partiendo de que “la metáfora de la construcción se ha agotado porque todo lo humano ha sido construido” (Grimson, 2011, p. 25), varios autores, desde diferentes tradiciones de pensamiento, se sitúan en una posición *posconstructivista* y, desde ese lugar, someten al concepto de identidad a borradura (Hall, 2011). Sin caer en un deconstructivismo radical que implicaría abolir aquellos términos que no han podido ser superados dialécticamente, algunos conceptos considerados claves son sometidos a operaciones destotalizadoras a partir de una especie de doble escritura desalojada y desalojadora (Hall, 2011) que posibilita seguir utilizándolos, pero por fuera del paradigma en el que se originaron.

Tampoco es que no podemos decir que la identidad es una construcción, porque en definitiva lo es. De hecho, es el mismo Hall quien sostiene que “el enfoque discursivo ve a la identificación como una construcción, un proceso nunca terminado” (Hall, 2011, p. 15). Lo que no hay que hacer es caer en un “constructivismo cliché” (Brubaker & Cooper, 2001), en ese sentido es necesario dejar de utilizar banalmente ciertos calificativos asociados a la identidad que la caracterizan como múltiple, contingente, contrastiva, situacional, fragmentada, flexible, disputada, entre otros tantos que se han vuelto tan cotidianos y familiares que, en definitiva, se vacían de sentido sin aportar demasiado a la definición. La idea de que las identidades pueden ser flexibles, fragmentadas, múltiples, construidas, contrastivas deviene convicción de que las identidades deben ser todo eso.

Ahora bien, a partir del proceso de deconstrucción que nos invitan a hacer algunos, ¿es necesario seguir hablando de identidad? Stuart Hall sostiene que se trata de “una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto” (2011, 15). En esta misma línea, Navarrete-Cazales (2015) sostiene que el concepto de identidad es aporético⁷ en tanto que tiene la condición de necesidad y a la vez de imposibilidad, es decir, es un concepto que es necesario para hablar de algo que caracteriza temporalmente o históricamente a un sujeto o a un campo disciplinario, pero, a la vez, es imposible de representación precisa y definitiva ya que “se puede hablar de ella pero jamás representarla en términos tangibles, definitivos, exhaustivos, ni categóricos” (Navarrete-Cazales, 2015, p. 464). Ante este panorama, algunos autores proponen incorporar el concepto de *identificación*.

- DE LA IDENTIDAD A LA IDENTIFICACIÓN: UN RECORRIDO NECESARIO

Si bien el concepto de *identificación* también ha sido sometido a críticas, consideramos que se trata de una categoría analítica fundamental a la hora de comprender el proceso de construcción identitaria ya que designa el momento específico de autoreconocimiento con alguien o algo (Navarrete-Cazales, 2015), con alguna característica del entorno contextual o del entramado relacional del cual el actor (sea individual o colectivo) es parte. Esto significa que, a lo largo de su

⁷ Aporía como algo imposible de realización plena pero necesaria; algo de lo que no se puede hablar en términos definidos de una vez y para siempre, pero es necesario hacerlo (Navarrete-Cazales, 2015).

trayectoria, los actores van adquiriendo diversas identificaciones (algunas, incluso, pueden darse de manera simultánea a partir de los múltiples espacios de pertenencia que pueden tener los actores) que estarían en la base de su identidad, por eso identificarlas y analizarlas permite reconstruir el proceso identitario.

Así como la identidad es un proceso nunca acabado abierto a la temporalidad, también tiene cierta permanencia. Según Gilberto Giménez una de las características fundamentales de la identidad es su capacidad de perdurar en un periodo de tiempo relativamente extenso. En este sentido, propone referirse a ese proceso dinámico como una “*continuidad en el cambio*” (Giménez, 1997, p. 19, las cursivas son del autor). Se trata, según el autor, de una relación dialéctica entre permanencia y cambio, entre continuidad y discontinuidad, la que caracteriza a las identidades sean estas personales o colectivas.

Siguiendo lo planteado por Giménez, podríamos afirmar que las identidades son, al mismo tiempo, producto y proceso; aunque están en continua reconstrucción y redefinición en tanto proceso siempre abierto, indefinido e inacabado, presentan cierta continuidad a través del tiempo ya que permanecen más allá de las acciones, “se mantienen y duran adaptándose al entorno y recomponiéndose incesantemente, sin dejar de ser las mismas” (Giménez, 1997, p. 19). En esta misma línea, Denys Cuche, que también considera oportuno utilizar *identificación* como un concepto operatorio, sostiene que “la identidad es siempre la resultante de un proceso de identificación dentro de una situación relacional” (Cuche, 2004, p. 110) y que, como consecuencia de su carácter relativo, puede evolucionar si la relación cambia. En esta tensión entre cambio y permanencia, las identidades persisten en el tiempo reconstruyéndose de manera paulatina rara vez de manera radical.

En definitiva, consideramos que la identidad y la identificación se constituyen en un binomio fundamental para la comprensión del proceso identitario. Así como la identidad da cuenta de ciertas características constantes o más permanentes que puede tener una persona o grupo a lo largo de su trayectoria, la identificación remarca el carácter procesual y dinámico de su construcción y definición al mismo tiempo que reconoce la posibilidad de ser múltiples y simultáneas.

- **CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA: ALGUNOS PUNTOS DE PARTIDA**

Luego de haber echado luz sobre las complejidades que circundan al concepto de identidad y de encontrar en la identificación una categoría más operativa, en este apartado nos detenemos a plantear algunas características centrales de la construcción identitaria. No es la intención de que estas particularidades clausuren posibles interpretaciones que surjan a partir de la etnografía, del análisis y la comprensión de nuestro movimiento socioterritorial estudiado, sino que se plantean al inicio de la investigación simplemente como hilos conductores que posibilitaron dar las primeras puntadas en esta investigación.

La dimensión relacional: entre la distinguibilidad y la permeabilidad

Las identidades se construyen a partir de las relaciones que un individuo o grupo establece con otros en una situación social particular. Al mismo tiempo que se construye un “nosotros” también se

establece un “otros”, por eso podemos afirmar que identidad y alteridad se encuentran en una relación dialéctica. Se trata de relaciones que van tejiéndose invisibles elementos constitutivos de la identidad que van tomando formas y exteriorizándose a partir de diferentes manifestaciones.

La capacidad de distinguirse y ser distinguido de otros grupos y de definir los propios límites se constituye en una de las características fundamentales de la identidad. En este sentido, Denys Cucho sostiene que “la identidad social es al mismo tiempo inclusión y exclusión: identifica al grupo (son miembros del grupo los que son idénticos en una determinada relación) y lo distingue de los otros grupos (cuyos miembros son diferentes de los primeros en la misma relación)” (2004, p. 106). En este planteo subyace la idea de “frontera”, concepto aportado desde el campo de la antropología por Fredrik Barth quien en su estudio *Los grupos étnicos y sus fronteras* (1976) sostiene, entre otras cosas, que en el proceso de identificación lo primero que acontece es la voluntad de marcar un límite, establecer y mantener una frontera que nunca es esencial o natural sino situacional. En este mismo sentido, Cucho afirma que “el resultado de un compromiso entre la identidad que el grupo pretende darse y la que los otros quieren asignarle (...) se trata de una frontera social, simbólica” (Cucho, 2007, p. 120).

Claudia Briones (2007) sostiene que Barth fue quien, a partir de su formulación, marcó un precedente en el esfuerzo por definir las identidades alejado de concepciones esencialistas. A partir de los planteos del antropólogo francés se empezó a “pensar las identidades como inevitablemente contrastivas, socialmente construidas y cambiantes en sus contenidos” (Briones, 2007, p. 57), formulaciones que con el tiempo se configuraron como certezas o sentido común en los estudios sobre la cuestión. Sin embargo, para la antropóloga argentina, los planteos de Barth también traen aparejado un problema: presuponer que todo límite opera relacional pero contrastivamente en base a la estricta y duradera separación nosotros/ellos. Briones va a discutir la idea de contrastividad señalando que “en tanto sistema de representaciones anclado en la codificación de diferencias, las identidades sociales pueden (y no deben) presentarse como contrastivas” (Briones, 2007, p. 74). Cuando pensamos en diferenciación entre ellos-nosotros nos necesariamente estamos planteando una confrontación sino, más bien, en relaciones en las que los actores pueden identificarse, diferenciarse y, por supuesto también confrontar, pero esto no es una condición *sine qua non* dentro del proceso de construcción identitaria.

En la construcción de la identidad “pensar que la oposición nosotros/otros es inevitable por expresar un antagonismo estable y primario (como diría Barth) no perforado ni perforable, antagonismo carente de convergencias o articulaciones diversas, sin heterogeneidades ni disidencias al interior de cada una de ellas” (Briones, 2007, p. 79) se trata de una falsa disyuntiva que dificulta la posibilidad de reconocer los efectos de distintos clivajes y de las «perforaciones», que no son más que “síntoma[s] de articulaciones diversas y manifestación[es] de heterogeneidades y disidencias al interior de colectivos que contienen hacia su interior distintas posiciones de sujeto” (Briones, 2007, p. 79).

Por último, queremos señalar al menos sintéticamente, dos cuestiones vinculadas a la dimensión relacional de la identidad que nos parecen relevantes. Por un lado, hay que destacar que es imprescindible el reconocimiento que el resto de la sociedad hace de la autoidentificación pues “la

capacidad del actor para distinguirse de los otros debe ser reconocida por esos “otros” (Giménez, 2010, p. 8). Por otro lado, destacamos que, así como las relaciones influyen a la hora de construir la identidad, ésta influye en las relaciones, orienta las representaciones y las elecciones (Cucho, 2004) y se manifiesta de diversas formas en las prácticas cotidianas de los actores.

El carácter situacional de la identidad

Las identidades no se construyen en el vacío y tampoco están determinadas por las condiciones estructurales en las que los actores llevan adelante sus acciones. “Las personas y los grupos se identifican de ciertas maneras o de otras en determinados contextos históricos específicos y en el marco de relaciones sociales localizadas” (Grimson, 2001, p. 29). Estas configuraciones del contexto condicionan o influyen en las posibilidades identificatorias de los actores y, a la vez, resultan modificadas producto de su accionar. De este modo, contexto e identidad, estructura y acción están en continua relación dialéctica.

Alejandro Grimson sostiene que “en un contexto histórico específico, una sociedad tiene una *caja de herramientas identitarias*, un conjunto de clasificaciones disponibles que permiten a sus miembros identificarse a sí mismos e identificar a los otros” (Grimson, 2011, p. 184). Fundamentalistas, hippies, terroristas, ambientalistas, entre otros tantos calificativos son parte de la caja de herramienta con las que habitualmente se identifica a los movimientos sociales de carácter ambiental que defienden los derechos de la naturaleza en un contexto de resistencia y lucha frente al neoextractivismo que caracteriza al modelo productivo argentino.

En esa caja de herramientas, situada y contextualizada, “un miembro de una sociedad se identifica, es interpelado e interpela a los otros [...] En ese proceso de circulación social de categorías y clasificaciones humanas se disputan sentidos, desigualdades, jerarquías y poder” (Grimson, 2011, p. 186). Teniendo en cuenta este planteo, cobra sentido el planteo que realiza Claudia Briones cuando sostiene que, al momento de investigación acerca de los procesos de construcción identitarios, no debemos perder de vista “que identidad y diferencia son efectos de poder” (Briones, 2007, p. 76) y, por lo tanto, es imprescindible el análisis de “los contextos y relaciones sociales mismos donde prácticas y discursos de identidad y diferencia operan como válvulas de escape privilegiadas” (2007, p. 76). Toda identidad se construye en relación dialéctica con otros en situaciones contextuales particulares, por ende, para reconocer cómo un actor se identifica y comprender cómo construyó esa identificación hay que pensar al proceso de construcción identitario en un contexto histórico determinado y en el marco de configuraciones culturales específicas, con sus relaciones de poder y desigualdad.

El carácter histórico de la identidad (o la identidad como proceso)

Además del carácter relacional de las identificaciones, Alejandro Grimson considera que también tienen un carácter histórico. El autor sostiene que la construcción del “nos/otros” es, al mismo tiempo el resultado de sedimentaciones de un proceso histórico como una contingencia sujeta a transformaciones (Grimson, 2001). Más allá de la continuidad que tienen las identidades (cuestión a la que hicimos referencia en el apartado anterior), están siempre en proceso de reconstrucción, se trata de “una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una

posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias” (Arfuch, 2005, p. 24).

La identidad “está en continuo movimiento; cada cambio social la lleva a reformularse de una manera diferente” (Cucho, 2004, p. 119). En el caso de la identidad que construyen los grupos, en tanto proceso, está definida a partir de las interacciones que se dan en su interior a partir de la interrelación entre sus miembros y la de éstos con otros actores con los que el movimiento mantiene vínculos. En ese sentido, si cambian las relaciones entre los participantes del movimiento o bien con los otros, también cambia su identidad del mismo modo que ésta varía si cambian las condiciones contextuales en la que se construye. En este sentido, no hay identidades inmutables, sino que son siempre un proceso nunca acabado.

Entonces, si concebimos a la identidad como el resultado siempre dinámico de una construcción que se da a lo largo del tiempo, para conocer cómo se construye la identidad de un movimiento social resulta importante reconstruir su historia, su trayectoria. En este sentido cobra gran relevancia la memoria colectiva del grupo.

Dimensión simbólica de la identidad

Toda construcción identitaria tiene una dimensión simbólica. Los sujetos que constituyen los movimientos sociales están vinculados entre sí por un sentimiento de pertenencia común que implica símbolos y representaciones sociales específicos y distintivos (Giménez, 1997). Indagar acerca de los sentidos que se producen, circulan y reproducen al interior del movimiento permite dar cuenta de los marcos de referencia común que posibilitan el accionar colectivo del movimiento y la construcción de su identidad.

Para formar parte de un grupo resulta necesaria una definición común de la situación, compartir significados y concebir la realidad desde una visión compartida al interior que se diferencie de la que tengan otros. En este sentido, parece oportuno retomar el concepto de “frames” (Goffman, 2006). Pertenecer a un grupo social implica que los sujetos que lo integran tienen un “marco” común compartido a través del cual miran la realidad, comprenden situaciones sociales concretas y establecen estrategias de acción. Al mismo tiempo, “los movimientos sociales son considerados agencias de significación colectiva para difundir ideas en la sociedad, ligados a la cultura en la que se inscriben y una de sus tareas fundamentales es la de producir esos marcos de referencia” (Sádaba Garraza, 2001, p. 153) que posibiliten la visibilidad, ante la sociedad en general, de sus demandas y perspectivas.

Manuel Castells considera la cuestión simbólica como central en su concepción de la identidad. El autor sostiene que “la identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente” (Castells, 2000, p. 28). Esto significa que son los actores sociales los que construyen su identidad y es desde ese lugar que después interpretan el mundo, les confieren sentido a sus acciones y actúan en consecuencia.

En este apartado explicitamos cuatro características que consideramos fundamentales de la identidad. Desde nuestra perspectiva, el proceso de construcción identitario no puede concebirse fuera del carácter relacional, situacional, histórico procesual y simbólico que lo caracteriza y define.

DE LA IDENTIDAD INDIVIDUAL A LA IDENTIDAD COLECTIVA

Identidad personal e identidad colectiva se construyen de manera dialéctica. Los actores colectivos (entre los que encontramos a los movimientos sociales) están conformados por actores individuales, los cuales tienen su propia subjetividad, su identidad personal e intereses. Si partimos de que los sujetos pertenecen a múltiples colectivos, “la identidad colectiva debe concebirse como una zona de la identidad personal” (Giménez, 1997, p. 18) y, a partir de la puesta en común de las individualidades (conflictiva o armoniosamente), se va acordando el carácter del grupo, se van negociando, discutiendo, las distintas posturas que luego permitirán alcanzar el consenso necesario para la acción (Hadad & Gómez, 2007).

Gilberto Giménez (1997) plantea que existen tres elementos que posibilitan definir las identidades individuales: en primer lugar, la pertenencia a una pluralidad de colectivos hacia los cuales los individuos experimentan un sentimiento de lealtad y con el cual comparte el núcleo de representaciones que lo caracteriza; en segundo lugar, la presencia de un conjunto de atributos identificadores que incluyen desde rasgos de la personalidad hasta características de socialidad; y, por último, una narrativa biográfica que recoge la historia de vida y la trayectoria social de la persona para conferirle un sentido. Estos elementos centrales, “con excepción de los rasgos propiamente psicológicos o de personalidad atribuibles exclusivamente al sujeto-persona, (...) también pueden aplicarse perfectamente al sujeto-grupo o, si se prefiere, al sujeto-actor colectivo” (Giménez, 1997, p. 18).

Si bien en su definición de la identidad colectiva, el sociólogo paraguayo, parte de la capacidad de distinguibilidad y de la construcción de límites, aspectos que ya pusimos en discusión en el apartado anterior, lo que nos interesa destacar es que considera el carácter simbólico de la identidad y le da relevancia a la memoria colectiva como fuente generada por sentidos compartidos y generadora de marcos de referencia comunes. Giménez considera que, en la construcción de su identidad, los actores colectiva, tienen la capacidad de “generar símbolos y representaciones sociales específicos y distintivos, de configurar y reconfigurar el pasado del grupo como una memoria colectiva compartida por sus miembros (...) e incluso de reconocer ciertos atributos como propios y característicos” (Giménez, 1997, p. 18).

Indefectiblemente, cuando hablamos de la identidad colectiva, es ineludible retomar los planteos de la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales y las formulaciones de Alberto Melucci ya que coloca a la identidad en el eje central de su enfoque y sus formulaciones constituyen aportes relevantes para su abordaje.

Si bien Melucci estudia a los movimientos sociales, a partir de sus investigaciones también construye una comprensión global de la sociedad y de la acción colectiva. Entiende a los movimientos sociales como la expresión de un conflicto social, esto es, de la oposición entre dos actores por la apropiación o el control de recursos que ambos valorizan. Para que un movimiento social sea considerado como tal “es necesario que la acción provoque una ruptura de los límites de compatibilidad del sistema en el cual se sitúa” (Melucci, 1991). Aparecen en esta primera aproximación a la definición de

movimientos sociales, dos elementos centrales: el conflicto y la ruptura de límites. De este modo, los movimientos no son entendidos como respuestas a una crisis sino como la expresión de un conflicto.

Melucci destaca que los movimientos sociales son construcciones analíticas y que, así como los actores de los movimientos construyen su percepción de sí mismos, el investigador conforma una representación sobre los movimientos sociales como acción colectiva. En el estudio de los movimientos sociales, el sociólogo italiano pone su foco en la construcción identitaria que estos hacen. Considera a la identidad como colectiva y en tanto “definición interactiva y compartida, producida por varios individuos y que concierne a las orientaciones de acción y al ámbito de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar la acción” (Melucci, 1994, p. 172). Sostiene que es interactiva y compartida dado que se trata de una definición en proceso que se construye y negocia a través de la activación de relaciones que unen a los individuos. Pues “los actores “producen” la acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y de definir sus relaciones con el ambiente (otros actores, recursos disponibles, oportunidades y obstáculos)” (Melucci, 1994, p. 158), así la identidad colectiva contribuye a que se den las condiciones para la acción. Es en el entramado de esas relaciones que se va conformando un “nosotros” en el que se ponen en común los fines de la acción (sentido que adquiere ésta para los sujetos), *medios* (posibilidades y limitaciones de la acción) y el *ambiente* (ámbito en que transcurre).

Así como es considerada en tanto proceso, la identidad colectiva, también es “el producto de una definición de la situación construida y negociada a través de la constitución de redes sociales las cuales conectan a los miembros de un grupo o movimiento” (Melucci, 1992, p. 244). Se trata de un proceso que involucra la presencia de esquemas cognitivos, interacciones densas, de intercambios emocionales y afectivos que no implica necesariamente un marco homogéneo y coherente, sino que las definiciones pueden ser diferentes y hasta contradictorias, dado que su construcción se da en un proceso no lineal que implica interacción, negociación y conflicto.

A partir del planteo de Melucci, Giménez (2010) sostiene que esa definición compartida no es simplemente una cuestión cognitiva, sino que se trata también de un valor susceptible de adhesión colectiva que se incorpora a rituales, prácticas y artefactos culturales del colectivo y, al mismo tiempo, también se constituye en una memoria que confieran cierta estabilidad a la autodefinición identitaria.

LAS CATEGORÍAS GEOGRÁFICAS EN EL ENTRAMADO DE LA IDENTIDAD

A partir de lo expuesto a lo largo de este trabajo, consideramos que las identidades de los movimientos sociales son procesos dotados de cierta complejidad y en constante reconstrucción. Ahora, al incorporar la perspectiva geográfica al análisis, planteamos que el proceso de construcción identitario está estrechamente vinculado a lo espacial, al espacio apropiado y disputado.

Pensar la identidad de los actores colectivos es considerarlos insertos en una red de relaciones que los vinculan a los lugares donde llevan adelante esas interacciones efectivamente se producen y, a partir de ellas, se delinear procesos de identificación. Sin embargo, no pueden ser entendidos como mero contexto de la cotidianeidad de los movimientos sociales, “son elementos constitutivos de las

formas específicas en que se desarrolla un conflicto dado” (Oslender, 2002, p. 4) y por ende de los actores colectivos y de la construcción de su identidad.

El concepto de espacio, ampliamente utilizado en el marco de las Ciencias Sociales, reviste gran importancia por su capacidad de abarcar trayectorias, relaciones y prácticas (Massey, 2004). Para definir al espacio retomamos los aportes que realiza Henri Lefebvre quien lo define a partir de la multidimensionalidad que éste tiene en tanto producción social y resalta su carácter contingente dado que se trata de un proceso necesario para la construcción de la sociedad (Lefebvre, 2013)⁸.

Frente al carácter abstracto que reviste la categoría analítica del espacio, nosotros emplearemos los conceptos de territorio y lugar que permiten mayor especificidad. Rogerio Haesbaert sostiene que todas las identidades están localizadas en un tiempo y un espacio, son espaciales. Ahora bien, una identidad social es también una identidad territorial cuando el referente simbólico central para la construcción de esta identidad parte o traspasa al territorio (Haesbaert, 1999). En este sentido, el territorio juega un rol central en la construcción de identidad, en la medida en que las acciones colectivas que realizan los sujetos sociales tienden a intervenir en un territorio a través de territorializaciones, de apropiaciones de y en el espacio.

Inicialmente, el concepto de territorio fue definido en estrecha relación al Estado por Friedrich Ratzel, fundador de la geografía humana a fines del siglo XIX. Ya en la década de 1980, Claude Raffestin incorpora en su definición la cuestión del poder. Retomando los planteos de Foucault, el territorio es entendido desde la perspectiva del autor “como la manifestación espacial del poder fundamentada en relaciones sociales determinadas, en diferentes grados, por la presencia de energía –acciones y estructuras concretas– y de información –acciones y estructuras simbólicas–” (Torres, 2011, p. 212). En esa misma línea, Lopes de Souza, concibe al territorio como “el espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder” (1995, p. 78). La construcción del territorio supone la apropiación de un espacio determinado y controlado socialmente en el que se ejercen relaciones de poder. Esa vinculación del territorio con la cuestión del poder es la que consideramos relevantes para la construcción que los movimientos socioterritoriales hacen de su identidad.

Por otro lado, el *lugar* adquiere relevancia en la vida cotidiana de los movimientos socioterritoriales, en el desarrollo de sus acciones y, por ende, en la construcción de su identidad. Retomamos el concepto de “*lugar*” que propone el geógrafo Jonh Agnew (1987) que contempla tres dimensiones: localidad, ubicación y sentido de lugar. La localidad refiere a los marcos formales e informales dentro de los cuales están constituidas las interacciones sociales cotidianas. Comprende los escenarios y contextos que son usados de manera rutinaria por los actores sociales en sus interacciones y comunicaciones cotidianas. La *ubicación* es el espacio geográfico concreto. Incluye la localidad la cual está afectada por procesos económicos y políticos que operan a escalas más amplias. La tercera dimensión, *el sentido de lugar*, hace hincapié en las orientaciones subjetivas que se derivan de vivir o actuar en un lugar particular, respecto al cual se desarrollan sentimientos de apego a través de

⁸ El concepto de *espacio* ha sido ampliamente desarrollado desde la geografía social por autores como Henri Lefebvre y Milton Santos, nosotros no profundizaremos en su conceptualización ya que consideramos que *territorio* y *lugar* son dos categorías más concretas que creemos oportunas y relevantes a la hora de analizar las construcciones identitarias.

experiencias y memorias. El sentido de lugar expresa entonces el sentido de pertenencia a lugares particulares. La experiencia adquiere centralidad en este planteo ya que es la que “carga” de sentido al lugar; el lugar, entonces, es considerado como “acumulación de sentidos” o como “acumulación de significados” (Torres, 2011). Estos tres elementos se influyen y constituyen entre sí por lo que, sólo con ánimos analíticos, los observamos de manera desagregada.

La incorporación de las dimensiones geográficas al estudio de la construcción identitaria de los movimientos sociales nos permite una amplitud en la lectura de las relaciones, prácticas cotidianas y acciones que los colectivos organizados realizan. El concepto de *territorio*, en tanto espacio vivido y constitutivo del conflicto, nos aproxima a la identidad a partir de las relaciones de poder en la que se construye; mientras que el *lugar* lo encontramos vinculado a la vida cotidiana del movimiento y a los significados que les otorgan a ciertos espacios apropiados. Si bien se trata de categorías teóricas que definimos de manera separada, en el análisis concreto las vamos a encontrar muchas veces yuxtapuestas.

A diferencia de otras investigaciones que incorporan la dimensión territorial al análisis de los movimientos sociales⁹, en el marco de nuestra investigación consideramos necesario poner en tensión el mismo concepto de identidad ya que, como vimos en el desarrollo de este trabajo, su nivel de abstracción y carácter procesual dificulta su aprehensibilidad; al mismo tiempo incorporamos en esa problematización aportes de diferentes enfoques que nos permiten enriquecer el análisis. Este diálogo interdisciplinar nos da la posibilidad de comprender el complejo proceso a través del cual los movimientos socioterritoriales construyen su identidad.

A MODO DE CIERRE

Si bien en este trabajo compartimos las discusiones y acuerdos sobre el concepto de *identidad* que se convirtieron en la base de nuestra investigación, también puede ser de utilidad en el marco de otros estudios que se interesen por comprender la construcción identitaria de colectivos organizados desde la perspectiva del territorio en tanto se constituye en una breve introducción al estado de la cuestión en este ámbito. Como el objetivo de estudio es comprender cómo se da el proceso identitario de los movimientos a través de un estudio de caso, en este marco teórico no intentamos dar por sentadas características o dimensiones de los movimientos sociales y de la identidad y después ir en busca de ellas al campo, por el contrario, lo que buscamos es establecer los puntos de partida que guiaron los primeros pasos de nuestra investigación.

Una vez realizado el recorrido teórico sobre la noción de identidad que compartimos en este artículo y sobre los movimientos socioterritoriales, cuestión que no hemos desarrollado en esta ocasión, surgieron algunos interrogantes que influyeron en las decisiones metodológicas, la elección del caso de estudio y también direccionaron los pasos iniciales del trabajo de campo. Así, en un principio nos preguntamos ¿cómo construye y reconstruye su identidad un movimiento socioterritorial? ¿quiénes forman parte de él? ¿qué tipo de relaciones se entretienen entre sus integrantes? ¿cómo aportan éstas al proceso de (re)construcción identitaria? ¿con qué otros actores sociales construyen

⁹ Pueden consultarse las tesis de posgrado de Juan Wahren (2009) y Fernanda Torres (2011b).

vínculos? ¿cómo es la relación con éstos? ¿cómo afecta esta configuración de los “otros” en la del “nosotros”? Si la identidad colectiva es un proceso, ¿qué rol juega la historia del movimiento? ¿y la situación social, política y económica de su entorno? ¿qué relación se puede establecer entre las acciones colectivas que lleva adelante el movimiento y la (re)construcción de su identidad? Estos cuestionamientos condujeron a la elección de la perspectiva etnográfica como metodología para abordar la construcción identitaria de los movimientos sociales tomando a partir de la realización de un estudio de caso.

Una vez tomadas estas decisiones iniciales empezamos con la participación en la vida cotidiana del movimiento durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas (Guber, 2012), o sea recogiendo todo tipo de datos que permitan describirlo, comprenderlo.

BIBLIOGRAFÍA

Agnew, J. (1987). *Place and politics: the geographical mediation of state and society*. Boston, Estados Unidos: Allen & Unwin.

Arfuch, L. (2005). Problemáticas de la identidad. En Arfuch, L. (comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades* (pp. 21-43). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.

Briones, C. (2007). Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías. *Tabula Rasa*, 6, 55-83.

Brubaker, R. Cooper, F. (2001). Más allá de la identidad. En *Apuntes de investigación del Cecyp*, 7. Disponible en: https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/ejes/Brubaker-Cooper%5Bdefinitivo%5D.pdf

Castells, M. (2000). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen 2: El poder de la identidad*. México D.F., México: Siglo XXI.

Cuche, D. (2004). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Fernandes, B. (2006). *Movimientos socioterritoriales y movimientos socioespaciales. Contribución teórica para una lectura geográfica de los movimientos sociales*. Recuperado de <http://www.acaoterra.org/IMG/pdf/Movimientos-socioterritoriales-y-movimientos-socioespaciales.pdf>.

Giménez, G. (2010). Cultura, identidad y procesos de individualización. En *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo, Instituto de Investigaciones Sociales*. México D.F., México: UNAM. Disponible en: http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/625trabajo.pdf.

- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte*, (9)18, 9-28.
- Goffman, E. (2006). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Grimson, A. (2001). *Interculturalidad y comunicación*. Colombia: Norma.
- Guber, R. (2012). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Hadad, G. & Gómez, C. (2007). Territorio e identidad. Reflexiones sobre la construcción de territorialidad en los movimientos sociales latinoamericanos. En *Actas de las 4º Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS-UBA*. Septiembre de 2007. Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <http://www.ger-gemsal.org.ar/files/pdf/ponencias/hadad-gomez-jornadasjovenes2007.pdf>.
- Haesbaert, R. (2004). *El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. México D.F., México: Siglo XXI.
- Hall, S. (2011). Introducción: ¿Quién necesita identidad? En S. Hall y P. Du Gay (coord.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires. Argentina: Amorrortu.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid, España: Capitán Swing.
- Lopes de Souza, M. (1995). O territorio: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento. En De Castro, I.; da Costa Gómez, P. y Lobato Correa, R. *Geografía: conceitos e temas*. Río de Janeiro, Brasil: Bertrand Edit.
- Massey, D. (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. En *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57. Disponible en: <https://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000019/00000025.pdf>
- Melucci, A (1994). Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. *Revista Zona Abierta*, 69, 153-180.
- Melucci, A (1992). Frontier Land: collective action between actors and systems". En Diani, M. and Eyerman, R. (edit.) *Studying collective action*. Londres, Reino Unido: Sage.
- Melucci, A (1991). La acción colectiva como construcción social. *Revista Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, (9)26, 357-364.
- Navarrete-Cazales, Z. (2015). ¿Otra vez la identidad? Un concepto necesario pero imposible. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, (20)65, 461-479.
- Oslender, U. (2002). Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "espacialidad de resistencia". *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, (115).

Rivero, P. & Martínez, V. (2016). Cultura e identidad. Discusiones teóricas-epistemológicas para la comprensión de la contemporaneidad. *Revista de Antropología Experimental*, (16).

Sádaba Garraza, M. T. (2001). Origen, aplicación y límites de la “Teoría del Encuadre” (Framing) en Comunicación. *Comunicación y Sociedad*, (14)2, 143-175.

Torres, F. (2011a). Territorio y lugar: Potencialidades para el análisis de la constitución de sujetos políticos: El caso de un movimiento de desocupados en Argentina. *Geograficando*, 7, 209-238.

Torres, F. (2011b). *Territorio e Identidad en los Movimientos de Desocupados en Argentina. El caso de la CTD-Aníbal Verón*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de La Plata. Inédita.

Wahren, J. (2009). *Acciones colectivas, autogestión, territorios en disputa y nuevas identidades sociales. El caso de la UTD de Gral. Mosconi, Salta*. Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Inédita.